

PLÉYADE

REVISTA DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

número 26 | julio-diciembre 2020

online issn 0719-3696 / issn 0718-655x

INTRODUCCIÓN

Diego Fernández H. Traición, representación y violencia en la política contemporánea

INTERVENCIONES

Karen Glavic La revuelta entre otras revueltas: los feminismos antes y más allá del octubre chileno

Luis Placencia Interpretaciones de un acontecimiento. Breve examen de la literatura sobre el octubre chileno

ARTÍCULOS

Pablo Oyarzún R. El país donde no pasa(ba) nada

Carlos Casanova P. Pueblos apare(cie)ntes. Imagen y representación

Valeria Campos Salvaterra Crítica, economía, dietética. Derrida, Benjamin y Viveiros de Castro sobre la violencia

Carlos Alfonso Garduño Comparán Representación y lucha política: de lo múltiple a su unidad trascendental y viceversa

Hugo Tavera Villegas Traición, crueldad y principado civil: Maquiavelo contra “los escritores”

Martín Chicolino Traicionando a la “representación”. O aún no se ha guillotinado al rey. La crítica radical de Deleuze, Guattari y Foucault a la “democracia” jurídico-contractual

RESEÑAS

Valentina Álvarez López Kathya Araujo editora. *Hilos Tensados. Para leer el Octubre chileno*. Santiago: Colección IDEA - Universidad de Santiago de Chile, 2019. 476 pp. ISBN 9789563034370

Sergio González Araneda Franco “Bifo” Berardi. *Futurabilidad: la era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad*. Hugo Salas traductor. Buenos Aires: Caja Negra Editora, 2019. 256 pp. ISBN 9789871622764

Kathya Araujo editora. *Hilos Tensados. Para leer el Octubre chileno*. Santiago de Chile: Colección IDEA - Universidad de Santiago de Chile, 2019. 476 pp. ISBN 9789563034370

Valentina Álvarez López

INTERNATIONAL INSTITUTE FOR PHILOSOPHY AND SOCIAL STUDIES

Hilos Tensados, editado por Kathya Araujo y publicado en diciembre de 2019 –al calor de las primeras expresiones de la revuelta popular que se inició dicho octubre–, está compuesto por diecisiete artículos escritos por veintiún investigadores del Centro Núcleo Milenio Autoridad y Asimetrías de Poder (NUMAAP). El libro consta de dos partes que se organizan desde distintos materiales. La primera parte, “Tramas y Tensiones”, “aborda las razones estructurales más o menos de larga duración” (p. 9) de las transformaciones neoliberales y democráticas de las últimas cinco décadas, las cuales fueron engendrando “tanto frustraciones como expectativas” (p. 10). En conjunto, los artículos van configurando las tramas –precarización del trabajo, ampliación del crédito, políticas de vivienda, sistemas previsionales– que articulan los momentos de la producción y reproducción social y la transformación de las relaciones al interior de instituciones como la escuela o el lugar de trabajo, las que chocan con una aspiración social transversal de relaciones más horizontales y democráticas. La segunda parte, “Acontecimientos e irrupciones”, interpreta de forma narrativa los sucesos del “largo Octubre chileno” (como lo denomina Danilo Martucelli en el título su artículo), con una mirada sobre los eventos, tiempos y espacios, los acontecimientos como la “producción de nuevos posibles” (p. 10).

Octubre con mayúscula y largo, porque el proceso que abrió aún sigue en curso. La fotografía de la portada, por su parte, abre la imaginación a otro hilo conductor del libro: desde arriba –lo suficientemente alto para que las personas sean sólo puntos en el espacio– la palabra *dignidad* pintada con grandes letras rojas resalta en la calle oeste de la plaza Baquedano, epicentro de la revuelta. Dignidad como subtexto que cruza casi todas las interpretaciones presentadas en este libro.

En el artículo “Desmesuras, desencantos, irritaciones y desapegos” que abre el libro, Araujo entrega una propuesta basada en sus investigaciones recientes, y que también sirve como modelo general para comprender lo que se abrió en Octubre: un circuito de desapego para con las bases que fundan la vida social, consecuencia de un encadenamiento de afectos que, si bien no debe ser entendido como causalidad lineal, se puede comprender desde las desmesuras o grandes sacrificios que se exige

a los individuos para reproducir sus vidas, en el contexto de promesas incumplidas de democratización de las relaciones sociales. Desmesuras cotidianas que, por acumulación, desencadenarían en irritaciones que se articulan como críticas cada vez más extendidas, y que sustentarían el desapego con el vínculo social.

Los trabajos retratan detalladamente estas “desmesuras” contra la dignidad de las personas, aun sin nombrarlas como tales. En su artículo “Trabajo y precarización laboral en el Chile neoliberal. Apuntes para comprender el estallido social 2019”, Antonio Stecher y Vicente Sisto lo hacen mirando al patrón vigente de acumulación flexible, argumentando que tanto las condiciones –bajos salarios, contratos temporales, ausencia de seguridad social– como la experiencia misma del trabajo –marcada por la intensificación, el desgaste y la responsabilización individual– serían claves para comprender las experiencias de indignidad e injusticia que están a la base de la movilización. No sólo las mujeres serían uno de los grupos más precarizados, sino, como muestran Pamela Frías y Magdalena Cortés en su artículo “El malestar prendió: reflexiones sobre las experiencias de trabajo de las y los jóvenes”, los y las jóvenes formarían la primera línea de la cesantía y la precariedad laboral. Se trata de una generación que ha estudiado para tener trabajos de mala calidad y que, por lo mismo –argumentan– han sido protagonistas de la revuelta social. Esta desmesura en el mundo del trabajo tiene consecuencias en la vida de trabajadores y trabajadoras que, como dejan claro Stecher y Sisto en su revisión, pagan con su salud física y mental.

La persistencia de este modelo de trabajo queda más completa cuando se aborda otra dimensión de la acumulación neoliberal: el crédito. En su artículo “Consumo, endeudamiento y economía doméstica”, Lorena Pérez-Roa revela algo que aparece como la contracara de la precariedad laboral y los bajos salarios: la deuda como ‘extensión salarial’, especialmente entre quienes tienen los peores ingresos. Describiendo además otros dos tipos de deuda –la “consumista” para adquirir bienes de prestigio y la de ‘inversión’ en vivienda o educación–, la autora concibe las deudas como el resultado tanto de las condiciones estructurales como de expectativas generadas por el sistema; y sus consecuencias (ansiedades y angustias debido a la incertidumbre sobre su pago) experimentadas, al menos hasta Octubre, como una falla individual.

El libro también ilustra como la política urbana neoliberal atenta contra las condiciones de reproducción de la clase trabajadora. En su artículo “Descontento, expectativas, fórmulas de desintegración e integración”, Elke Schlack argumenta que la ciudad se ha vuelto un conjunto de barrios, de “mosaicos” en los cuales la cantidad y calidad de espacios públicos son profundamente desiguales según la clase social. Alejandra Rasse, en su artículo “La crisis de la vivienda: entre el derecho social y la oferta inmobiliaria”, da cuenta desde una perspectiva similar de cómo la política de vivienda relegó a los sectores populares a las periferias, a viviendas

minúsculas y de mala calidad donde se hacían varios hogares en condiciones que sus habitantes suelen calificar como indignas.

La mala calidad de viviendas y espacios públicos se suma una cobertura policial casi inexistente, como ilustra Lucía Dammert en su artículo “La crisis de Carabineros: cuando no vemos lo evidente”. La autora matiza los altos índices de aprobación que hasta antes del estallido parecía tener Carabineros, contrastándolos con criterios socioterritoriales (de clase) y de edad para indicar que el abandono policial es más agudo precisamente en las comunas pobres con poco acceso a vigilancia privada o municipal. Es precisamente en entre los sectores populares, los y las jóvenes, así como las víctimas de delitos quienes más han desaprobado la gestión de carabineros.

El libro también ilustra la ineficacia y el agotamiento de reformas y políticas sociales que han buscado corregir las desmesuras de un modelo que subordina la reproducción de nuestras vidas a la producción de ganancias. Así lo demuestra Camila Andrade en su artículo “¿Cuánto más aguante el pilar solidario? La experiencia de la vejez en el Chile actual”, en el que analiza detalladamente el rendimiento del pilar solidario en un sistema de previsión social privatizado y donde el 50% de quienes jubilan lo hacen con montos menores al salario mínimo. Efectuada por la administración Bachelet en 2008, esta reforma entregó un monto que, aunque pequeño, permitió satisfacer las necesidades de aquel sector de la población que no cotizó, principalmente las mujeres de sectores de bajos ingresos que dedicaron sus vidas al trabajo reproductivo y de cuidados. Como indica la autora, estas garantías mínimas que hace diez años dieron respuesta a una necesidad, son cada vez más insuficientes a consecuencia de las crecientes necesidades y expectativas de mejoramiento material, consustanciales al desarrollo capitalista. Lo mismo ha ocurrido con las políticas de vivienda que, como describe Alejandra Rasse, al estar basadas en el subsidio a la demanda, en la actualidad dejan al 80% de la población con dificultades para acceder a la casa propia. Esto afecta no sólo a los sectores más pobres que no encuentran oferta de vivienda social a pesar de los subsidios recibidos, sino también a las clases medias cuyos ingresos “son demasiado altos para acceder a subsidios, pero demasiado bajos para acceder a la vivienda en el mercado privado” (p. 120).

En el volumen también se retratan los procesos de resistencia que han ido tensando los hilos de la experiencia individual en el neoliberalismo. Si este modo de vida produce sujetos neoliberales individualizados y despolitizados, tensionados por una experiencia cotidiana llena de exigencias y expectativas, como señalan Alvaro Soto y Carla Fardella en su artículo “Del yo al nosotros: el emplazamiento colectivo a las subjetividades neoliberales”, la revuelta también ha sido una expresión de las contradicciones y resistencias que se venían gestando en dicha subjetividad. Los artículos retratan asimismo sociabilidades y organizaciones que, en el trabajo,

los barrios y los lugares de estudio, han resistido a la individualización de las contradicciones, articulando solidaridades en lo cotidiano y desde la organización social: Pamela Frías y Magdalena Cortés dan cuenta de jóvenes que, a pesar de trabajos precarios y autoritarios, no dejan de pensar que el “*futuro está en sus manos*” y se rehusan a repetir las experiencias de sus padres; Stetcher y Sisto, de trabajadores y trabajadoras del *retail* que anotan rotativamente las ventas, para que las comisiones permitan un sueldo a todas las personas que trabajan, y así estimular nuevas formas de organización y movilización entre quienes están más precarizados (como los subcontratados o contratados a honorarios); Alejandra Rasse, de pobladores y pobladoras que se organizan en comités de allegados en contra de políticas de vivienda que les condena a las periferias; Camila Andrade, de la organización que hace algunos años emergió como “no más AFP”; Pablo Neut, de estudiantes que, buscando actualizar relaciones más democráticas están “*Aprendiendo a desobedecer*” el autoritarismo en la escuela; y Rosario Fernández y Claudia Moreno, de estudiantes y organizaciones feministas que denuncian la violencia machista sostenida en el abuso de autoridad en sus lugares de estudio y exigiendo medidas protocolos de acción. Como indican las autoras, las feministas generaron alianzas con sujetos precarizados exigiendo justicia y una vida digna.

Por su parte, en su texto “Bitácora del largo Octubre chileno” Danilo Martucelli nos entrega un contrapunto a la perspectiva estructuralista que ve el motor de la protesta en el grado de desigualdad. Argumenta que la sociedad contemporánea produce una “sofocación” de los individuos, la que implicaría “el sentimiento de una vida dura, amputada, con muchas más expectativas que concreciones, con menos esperanzas que convicciones, con un cúmulo creciente de restricciones –ingresos, presupuestos, endeudamiento, falta de tiempo, etc., etc.” (p. 426). Una sofocación que, aunque más dura para algunas personas que para otras, aparece cada vez más transversal no solo a clases sociales sino a sociedades tan disimiles como las de Estado (aún) social (caso francés) o bien neoliberales a ultranza (caso chileno). Desde esta perspectiva, la revuelta es un desahogo, algo que se vive como liberación.

Una lectura de conjunto de los artículos de la segunda parte nos permite pensar la dignidad no sólo como un horizonte futuro, como valor normativo de esa vida que “se desea” –como decimos las feministas y Martucelli (p.430)– y demanda colectivamente, sino también como un valor que se actualiza en la lucha, que se performa cuando nos encontramos en el espacio público. Se trata de una dignidad que emerge cuando se realiza la “construcción de un nosotros”, como dicen Álvaro Soto y Carla Fardella –de un pueblo, preferiría yo– que desafía el individualismo neoliberal que, suponíamos, era cultivado por décadas. A los afectos de desvaloración, frustración, rabia y desesperanza, se impusieron lo festivo, la creatividad y el desafío al orden económico y autoritario, como bien describe Mariana Valenzuela en su

artículo “La marcha más grande de Chile. Un viernes 25 de octubre de 2019 en la plaza Italia”.

La revuelta no solo transformó la experiencia subjetiva sino también el espacio urbano. Así lo anuncia Tai Lin en su artículo “Hasta que la (plaza de la) Dignidad se haga costumbre. Violencias y espacio público en la protesta metropolitana”, donde describe etnográficamente cómo la ex Plaza Italia –hito urbano que significaba la segmentación clasista de la ciudad y se configuraba como el inicio, mas no el epicentro de las movilizaciones– desplazó o quizás se apropió del poder simbólico de La Moneda. Desde el 19 de octubre la plaza atrajo a una diversidad actores y caracteres (desde superhéroes a barras de fútbol), transformándose en un espacio público en sentido “clásico”: espacio para “discutir la cosa pública” (p. 308). En el epicentro capitalino, sin embargo, este debate estuvo menos basado en la palabra –a diferencia de los cabildos barriales que, según la bitácora de Martucelli, emergieron hacia noviembre– y más en la performance. Valenzuela describe cómo en los carteles de cada asistente, sus pañoletas, poleras o banderas, se hicieron presentes las demandas, mientras que los partidos políticos fueron los grandes ausentes.

Los enfrentamientos con la policía, las barricadas y los saqueos también han sido parte del proceso. Martucelli intenta diferenciar actores y acciones para el Octubre chileno. Por un lado, se encuentran quienes se enfrentan a la policía como sector politizado y enrabiado, aunque no necesariamente organizado; por el otro, delincuentes, “lumpen” y oportunistas que protagonizan saqueos en el centro y las periferias. Por el otro, el autor nos recuerda la creación desde el ejecutivo y a los pocos días de iniciada la revuelta de un “enemigo poderoso”, fuertemente organizado con redes extranjeras con el objetivo de desestabilizar al país. Finalmente, como argumenta Nelson Beyer en su artículo “¿La enunciación de una exigencia contradictoria? Algunas reflexiones en torno a la violencia policial”, la violencia institucional ejercida contra civiles por militares y policías, y que ha sido denunciada como excesiva por organismos internacionales, se resiste a ser definida como tal, toda vez que no existen criterios legales definidos para ello y estos cuerpos policiales desarrollan sus acciones en la “tierra de nadie que separa el derecho de los hechos” (p. 355).

Más allá de estar de acuerdo con definiciones cerradas de sujetos y repertorios de acción, me parece interesante señalar cómo la violencia de la protesta termina por tensionar y reactivar legados históricos de largo aliento y que enlazan ciertos cuerpos a repertorios de acción. Como argumentan Mauricio Sepúlveda y Ana Vergara en su artículo “Una mirada dorsal al Joker”, la violencia da cuenta de la activación de antiguos repertorios de lucha, pero también enuncia el “regreso” del lumpen, el que en el imaginario social no sólo corporiza la violencia sino que renuncia a la política. Se podría pensar que en aquellas subjetividades se expresa la ruptura de ese régimen de reciprocidad –la renuncia a la violencia por protección del Estado–

que, según Nelson Beyer, se ha generado entre la policía y la ciudadanía. En suma, el libro cumple con la promesa que realiza en su bajada de título: el de servir como insumo “para leer el Octubre chileno”, logrando responder a la “responsabilidad profesional” (p. 11) que se impone de entregar claves –desde distintas perspectivas, temáticas y estilos– para la comprensión de los sentidos de la revuelta.

Sobre la autora

Valentina Álvarez López. Investigadora del International Institute for Philosophy and Social Studies, IIPSS (Santiago, Chile). Docente de la Universidad de O’Higgins e integrante del Grupo de Estudios Feministas. Doctora en Sociología por Goldsmiths College, University of London, magíster en Sociología por University of Manchester, diplomada en Género y Violencia, y antropóloga social por la Universidad de Chile. Desarrolla investigación en temas urbanos, trabajo, producción/reproducción social, clase y género. Correo electrónico: valentinaalvarezlopez@gmail.com.